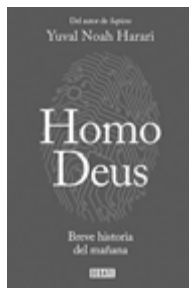


El desafío posthumanista

Andrés Moya
Andres.Moya@uv.es



Yuval Noah Harari, *Homo Deus. Breve historia del mañana*,
Barcelona, Debate, 2016, 489 pp.

I

La obra del historiador israelí es un libro con una tesis. Al proceder de un historiador –y no cabe duda de que hace gala de su oficio– uno esperaría encontrarse con una suerte de historia humana bien documentada, tratando de objetivar al máximo el relato que nos muestra. Pero sin querer yo entrar en ninguna consideración en torno a la naturaleza de la historia y la forma en cómo se nos relata, así como tampoco en si siempre existe una tesis, una teoría, una corriente o una ideología que subyace en aquel que nos lo narra, lo cierto es que el texto de Harari tiene un hilo conductor que, a mi juicio, y sin yo ser historiador, me da la impresión que se corresponde con una tesis poco corriente entre aquellos que se han atrevido con historias generales de la humanidad. La tesis es la de la superación del humanismo en una sociedad que progresivamente se nos hace más evidente que es producto y dependiente de la ciencia y la tecnología.

El capítulo 1, a modo de introducción, es un largo resumen del resto de la obra y los restantes diez capítulos se reparten en tres partes bien diferenciadas que guardan cierta correspondencia con nuestro pasado («*Homo sapiens* conquista el mundo», capítulos 2 y 3), presente («*Homo sapiens* da sentido al mundo», capítulos 4-7) y futuro («*Homo sapiens* pierde el control», capítulos 8-11). En la primera parte reflexiona sobre lo que pudiera denominarse metafóricamente como «nuestra pre-historia animal», en el sentido de marcar qué asun-

tos tan importantes acontecieron en ella para hacer de nosotros una especie «animal» tan especial. En la segunda parte, que sería la propiamente histórica, Harari nos muestra y reflexiona sobre el extraño mundo que el *Homo sapiens* ha creado, y que culmina con el actual credo humanista, credo que se mantiene a pesar de las diferentes ideologías que han ido compitiendo y sucediéndose durante los últimos tres siglos. Finalmente, en la tercera parte, lleva a cabo una reflexión sobre el futuro, su historia del mañana que, en pocas palabras, ya partiendo del siglo actual pasaría por la increíble transición, de manos de la ciencia y la tecnología, hacía la superación del humanismo. No se trata de una superación impositiva por parte de una existente, aunque invisible, mano negra, sino simplemente que el devenir de nuestra propia evolución histórica, algo así como una especie de política de hechos consumados, nos va poniendo delante la idea de que el humanismo ha tocado techo, tal y como nos lo muestran la ciencia y la tecnología.

II

Porque estamos recorriendo el camino para ser, si es que no lo somos ya, los dioses del planeta Tierra; ya somos, o vamos camino de convertirnos, en *Homo Deus*. Ese camino puede tener recorridos diferentes a través de la ingeniería biológica, la ingeniería cibernética y la ingeniería de seres no orgánicos. Pero: ¿cómo llega Harari a semejante conclusión? ¿Desde qué óptica considera la historia de la humanidad y cuáles son los elementos determinantes que, en última instancia, van a modularla en su futuro inmediato? Pues no hace otra cosa que pensar desde la ciencia empezando, claro está, a partir de ese momento tan concreto en el que Darwin acabara formulando que el hombre es un producto más de la evolución biológica. Es la teoría que más tiempo tardó en cuajar en la moderna ciencia que se iniciara con Galileo y Newton, pero, por otro lado, es la que mayores consecuencias está teniendo a la hora de reconsiderar no solo eso que somos y lo que son los otros seres vivos con los que más o menos convivimos, sino también nuestra relación con el mundo. Si ahora hablamos del Antropoceno es porque justamente la relación que tenemos con todo aquello que nos rodea, particularmente el resto de seres vivos, es una relación de consciente dominación. La sacralidad de la naturaleza hace tiempo que fue superada, y aunque en la fase en que fuimos cazadores-recolectores éramos animales como el resto, en la fase de la agricultura nos vimos en la cúspide de la creación, cuanto no más ahora, ya bajo la agricultura industrial, donde la ciencia nos otorga el estatus de dioses. Pero no nos descuidemos y vayamos a pensar que esa relación se debe a que disponemos de algo especial que no disponen los otros seres. Estamos hechos de lo mismo, aunque los nuestros, nuestros algoritmos bioquímicos, funcionan mejor y son más complejos. Harari recurre a la

idea de la «chispa humana» para categorizar nuestras peculiares características, pero no porque comporten esencialmente nada nuevo cualitativamente; pura cantidad y mejora de esos algoritmos bioquímicos. La chispa humana se va tejiendo, y frente a la conciencia sobre las realidades objetivas y subjetivas, de la que también hacen gala otras especies animales, la humana crea un importante entramado de relaciones intersubjetivas. El dinero es una de ellas, pero también muchas otras cosas en las que colectivamente creemos y que dotan de sentido a nuestra existencia. Harari las denomina las «redes de sentido», y así es como se desarrolla la historia, se tejen y destejen las naciones, los imperios, los dioses, la Unión Europea o el Banco Mundial. La puntilla personal de Harari, incluso desde su propio estatus como historiador, es aquello de que estos trabajan y dan valor transformativo a esas realidades intersubjetivas que tanto han evolucionado en la sociedad humana y que nos aleja de otras especies, pero: ¿realmente carecen de sustrato biológico? Claro que lo tienen, aunque todavía andamos lejos de poder determinarlo; ahora bien, será cuando veamos esa estrecha relación entre la biología y la historia cuando seamos realmente capaces de modificarnos por nuestras propias ficciones. Eso será el siglo XXI y venideros: el siglo de la realidad ficcional intersubjetiva a la que podremos acceder por transformación biológica.

III

El hombre da sentido al mundo y a sí mismo a través de las ficciones que crea. Las ficciones «son vitales», sostiene Harari. Estamos ya muy comprometidos con el análisis de las relaciones humanas en términos de redes, y las ficciones son precisamente productos de las mismas que hacen sostenerse a los colectivos que las promueven. Unas –tanto redes como ficciones– son reemplazadas por otras. No debemos subestimar el poder de tales hallazgos. Vamos a ver más adelante cómo esas superestructuras son las que van a conformar el futuro de la humanidad, en realidad de los humanos del futuro, sean estos lo que sean, que no necesariamente lo que ahora somos o pretendemos ser.

La necesidad de dar sentido a la existencia está presente a lo largo de nuestra historia, recurriendo a medios varios para hacerla efectiva, empezando por asignar papel preponderante a la divinidad que, a la vez que nos supera, nos controla y nos hace sentir formando parte de un todo cósmico. Los relatos religiosos son una combinación de juicios éticos (por ejemplo «la vida humana es sagrada»), afirmaciones fácticas (por ejemplo «la vida humana empieza en el momento de la concepción»), y una mezcla de las dos anteriores (por ejemplo «nunca debemos permitir el aborto»). La ciencia, sostiene Harari, poco puede decir sobre los juicios éticos, pero mucho sobre el estatus verdadero de las afirmaciones fácticas. Algunos científicos, no obstante, se atreven a sostener que

siempre existe algún tipo de facticidad –por descubrir– en los juicios éticos y que, por lo tanto, esos también son susceptibles de escrutinio por parte de la ciencia. La religión no es la única que formula juicios éticos que planean sobre la sociedad para darle estabilidad y armonía. Otras instancias y poderes –por ejemplo, imperios y gobiernos–, se sirven de formulaciones parecidas. Pero, insisto, cabe que puedan ser escrutadas por la ciencia o, en términos más generales, por la racionalidad humana.

La llegada de la modernidad, según Harari, consiste en una alianza o nuevo pacto social que, en realidad viene a subvertir el orden previo: «los humanos estamos de acuerdo en renunciar al sentido a cambio de poder». Ya no estamos en manos de nadie, sino que vamos a ir desarrollándonos, creciendo, por ejemplo, de manos de la economía y de los poderes que la sustenten, poderes francamente terrenales. Ya no formamos parte de un plan cósmico; en realidad nos trae sin cuidado si ese plan existe o no. Todo se resuelve aquí. Ahora bien: ¿cómo se puede evitar el colapso social si no existe sentido alguno para la existencia? ¿dónde encontramos el nuevo sentido? ¿a qué nueva ficción recurrimos? Ese algo nuevo que da sustento a la alianza basada en un no-sentido cósmico es el humanismo. Ese es el nuevo credo. Harari establece un interesante paralelismo entre la fe en Dios, o su pérdida, y la fe en el humanismo. Esta es la nueva religión, pero en todo caso, la nueva ficción. Todo ha cambiado cuando hemos pasado de una ficción a otra, pero seguimos con ellas.

Y de la misma forma que existen religiones que compiten, también existen humanismos que compiten. Se han ido formando diferentes sectas humanistas, todas orientadas a mantener el sentido, a saber, los humanismos liberal, socialista y evolutivo. Para el primero el individuo es singular en sí, con un estatus especial de distinción y unicidad con respecto a cualquier otro –cualquier individuo es irremplazable–. El interiorismo o la introspección del credo liberal es mirado con total suspicacia por el credo socialista que sostiene, por su lado, que solo se puede conseguir paz y armonía mirando al otro, anteponiendo derechos y necesidades propias a las de los demás. El tercer humanismo, el evolutivo, hunde sus raíces en el darwinismo y, por tanto, en la competencia y en la existencia de diferencias entre unos y otros o entre diferentes instancias sociales, razas, etnias, colectivos, etcétera. Que haya sido el sustento ideológico del racismo o del fascismo, sostiene Harari, no le elimina de la carrera por la preponderancia entre sectas humanistas. Al contrario, probablemente vaya a ser uno de los más relevantes en este siglo y en el futuro.

IV

El sueño humanista, particularmente el liberal, en la medida en que ha sacralizado la vida, las emociones y los deseos de los seres humanos, nos lleva a

pensar o da sustento a cuestiones tales como que está al alcance de las manos la inmortalidad, la dicha y la propia divinidad aquí en la Tierra, por citar solo algunas de estas. Ahora bien, a la par que creemos en tales sueños, una bomba subterránea procedente de la ciencia los está minando en un sentido muy particular, a saber: el individuo singular, elemento nuclear del humanismo, es francamente cuestionable en relación con su eventual capacidad para decidir en plena libertad. La ciencia cuestiona de forma progresiva el que seamos realmente libres, núcleos autónomos indivisibles de decisión. Se podrá aspirar a tales sueños, pero hemos de preguntarnos qué o quién será el receptor de estos.

Para Harari la ciencia converge en el siguiente dogma universal: los organismos son algoritmos y la vida es mero procesamiento de datos. Si uno considera lo que en computación se entiende como «algoritmo» sabrá que se trata de un programa que responde de una forma automática a determinados datos de entrada. El algoritmo puede ser monumentalmente complejo. Pues bien, para Harari la vida es una máquina hipercompleja capaz de procesar datos de una forma muy eficiente. Es lo que él considera que la ciencia –la biología y las ciencias de la computación fundamentalmente–, nos están indicando. ¿Cuestiona esto el libre albedrío? Pues desde luego apunta maneras. Entonces: ¿dónde queda o qué es exactamente la consciencia? ¿forma parte del algoritmo? Y, si es así: ¿quién va a ser el receptor de los sueños del humanismo si el individuo parece perder fuelle como última unidad de discernimiento y toma de decisiones? El panorama que se nos viene encima es nuevo, va más allá del humanismo. Es posthumano. Tomemos el caso de la inteligencia. Los humanos hemos sido capaces de construir algoritmos más inteligentes que nosotros mismos, superinteligentes. Nada hace pensar que la evolución no haya sido capaz de lograr forma de vida con niveles crecientes de inteligencia, pero algoritmos al fin y al cabo. Una de esas criaturas ha sido capaz de construir algoritmos tanto o más complejos que él mismo en el campo de la inteligencia. Pero la inteligencia y la consciencia no son equivalentes. Al igual que los algoritmos inteligentes construidos por los humanos no son conscientes, existen algoritmos animales que son más o menos inteligentes, pero no conscientes. Nosotros tenemos consciencia, ciertamente, pero: ¿es o forma parte también de nuestro algoritmo? Aunque Harari es cauto al respecto, y creo que hay que serlo, porque no sabemos todavía y a ciencia cierta cómo la evolución ha podido construir no solo el algoritmo de la inteligencia –que él no duda que existe–, sino también el de la consciencia en los humanos, sí que sostiene que el futuro posthumano podría estar en manos de máquinas superinteligentes, máquinas que podrán conocernos mejor que nosotros mismos, aunque ellas mismas no sean conscientes.

Harari no concluye, o más bien no se atreve, a llevar su tesis del algoritmo hasta el extremo de considerar que la consciencia sea también algorítmica. En la medida en que se deja mecer en las manos de la ciencia, podría estar dispues-

to a sostenerlo. Pero nos conmina a que pensemos en un futuro posthumano, porque es francamente probable que podamos dejar en manos de entes más inteligentes que nosotros la toma de decisiones, aunque esos entes, algorítmicos ellos, solo sean eso: superinteligentes, aunque no conscientes. Así acaba Harari: ¿qué es más valiosa: la inteligencia o la consciencia?

.....
ANDRÉS MOYA es doctor en Biología y en Filosofía y catedrático de Genética en la Universitat de València. Su actividad científica e intelectual se sitúa en los campos de la Genética, la Evolución y la Filosofía. Ha hecho investigaciones significativas en simbiosis, genómica y evolución experimental. Ha realizado una amplia labor de divulgación y reflexión sobre la ciencia. Ha recibido numerosos premios de investigación, entre los que cabe destacar el Premio Nacional de Genética, el Premio Lilly de Investigación Biomédica y el Premio México de Ciencia y Tecnología.